

CAPITULO VII

ENTRE ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA

1. América latina entre la integración y el subdesarrollo

El recurso de una reunión cumbre de presidentes americanos se había implementado por primera vez en julio de 1956 para tratar ideas sobre integración americana. Un comité especial integrado posteriormente no logró avances significativos en la materia. La Conferencia Económica de la O.E.A., prometida en Chapultepec y reivindicada en Río en 1947, especialmente por Bramuglia, y tantas veces postergadas en reuniones posteriores, por fin se celebró en Buenos Aires entre agosto y setiembre de 1957. Sólo produjo una *Declaración* donde se reafirmaban principios generales, pero no se planteaban cursos de acción efectivos, a no ser la vinculación de la CEPAL a los estudios que se realizarían para una integración regional. Los norteamericanos consideraron que los organismos internacionales existentes (F.M.I., B.I.R.F., etc.) eran lo suficientemente aptos para sustentar financieramente emprendimientos "sanos" para la integración y tomaron distancia de las propuestas "cepalinas", las que rechazaban por desconfianza ideológica (Connell Smith, *op. cit.*).

A mediados de los sesenta, nadie se engañaba respecto a los magros resultados alcanzados, mientras que el deterioro económico se agudizaba.

Así, por ejemplo, respecto del comercio exterior, se puede observar, entre 1955 y 1960, un marcado estancamiento de las exportaciones por la caída de los precios de la mayoría de las materias primas (café, algodón, cobre, etc.); entre 1960 y 1966, una recuperación, sobre todo motivada por el incremento de la exportación de carnes y cereales y una mejora en los precios, no obstante, no se alcanzó a equilibrar los niveles deficitarios del período anterior; a partir de 1967, una nueva y drástica caída cuyos efectos, en ese momento, no eran previsibles. (*Clarín*, 30 de marzo de 1969).

Dada la debilidad generada por el monocultivo, los precios latinoamericanos quedaban inermes frente a las fluctuaciones del mercado y difícilmente podían recuperar el deterioro producido. Estos y otros desequilibrios que afectaban profundamente las economías latinoamericanas, fueron erosionando la brecha con los países industrializados. América latina se identificaba cada vez más —en sus reivindicaciones— con los países subdesarrollados; por un lado buscaría la

integración y por el otro se intentarían experiencias nacionalistas, algunas "totales" como la de la Revolución Peruana, en procura de modelos de desarrollo cada vez más autónomos. En la materia, el proyecto de la Revolución Argentina fue contradictorio y hasta errático.

En 1964, antes de la Primera Reunión de la UNCTAD, que se celebraría en Ginebra, los latinoamericanos habían concertado la formación de un "frente común" para defenderse de los países industriales (Declaración de Alta Gracia). En Ginebra se enfrentaron a los Estados Unidos, y el discurso de los latinos se acercó peligrosamente al que pronunciara el "Che" Guevara en representación de Cuba, que asistía como miembro de la U.N.

El "frente común" pergeñado en Alta Gracia, se concretaría en la organización de la Comisión Especial para la Coordinación Latinoamericana (C.E.C.L.A.) que, como veremos más adelante, tendrá una significativa actuación en el diálogo con el norte en tiempos de Nixon.

Los proyectos de la A.L.A.L.C. y del Mercado Común Centroamericano (M.C.C.L.) tropezaron con serios escollos para alcanzar la integración. El Acuerdo de Cartagena, que diera lugar a la formación del Grupo Andino, fue un intento de superar esos escollos en una proyección regional más específica, pero sus progresos fueron también lentos y escasos.

A fines de 1966, nadie, ni siquiera los norteamericanos, creían en la Alianza para el Progreso, que —por otra parte— se habían transformado en un mal encubierto subsidio a las empresas norteamericanas en detrimento de los "países beneficiados". No obstante, y siguiendo con su inveterada política de no entender a América latina, los Estados Unidos lanzaron la iniciativa de constituir un *Mercado Común Latinoamericano*. Para ello debían remozar la Alianza, pero reincidieron en el irritante condicionamiento de los "créditos atados". A su vez, el director del Consejo Norteamericano para la *Alianza*, David Rockefeller, presionaba para darle al programa un impulso que hiciera de América latina un espacio económico "no compartimentado". En buen romance, lograr la integración, en función de las ventajas regionales que permitieran optimizar la operatoria de las multinacionales a través de sus filiales.

Como ya hemos visto, en la III Conferencia Especial Interamericana, al reformarse la Carta de la O.E.A., se incorporaron los Principios de la Alianza. Fuera de los "principios", no hubo nada más.

2. La "cumbre" de Punta del Este

Por fin, entre el 12 y el 14 de abril de 1967, se celebraba en Punta del Este la "Conferencia de Presidentes", donde se volvería a intentar una conciliación de los proyectos norteamericanos con los cada vez más complejos y diversos intereses latinos.

Los debates pusieron en evidencia no sólo las discrepancias con los Estados Unidos, sino las diferencias surgidas entre los mismos países del sur. Así pueden identificarse tres grupos de países, según el grado de "desarrollo" alcanzado:

a) Los países "grandes" (Argentina, Brasil, México), que observaron un comportamiento reticente respecto a aceptar limitaciones "supranacionales" al manejo de sus propios proyectos de desarrollo. Al discutirse el tema de la reducción de los gastos militares "innecesarios" en una obvia presión norteamericana para lograr la ratificación del Tratado sobre Proscripción de Armas Nucleares en América Latina (Tlatelolco, 4 de febrero de 1967), la cancillería argentina diluyó el compromiso, logrando que sólo se expresara el deseo común de su ratificación.

b) Los países "medianos" (en general los integrantes del Pacto Andino), propugnaban soluciones institucionales para mayor participación en la conducción de los programas.

c) Los países "pequeños", integrados en el Mercado Común Centroamericano, por su condición de "subdesarrollados", aspiraban a obtener las mayores ventajas. (Botana, Braun, Floria, *El régimen militar* 1966-73).

A este cuadro tan difícil de armonizar, se agregaban los Estados Unidos, cada vez más comprometidos en Vietnam y, por lo tanto, con muy poco que ofrecer, lo que acentuaba en los latinoamericanos el temor de que todo el proyecto sólo fuese útil a las grandes corporaciones industriales. El presidente mexicano declaró: "La integración de la América Latina es (y deberíamos luchar por conservarlo) un proceso exclusivamente latinoamericano".

La Conferencia concluyó con una *Declaración de los Presidentes* en la que se proponía la creación de un Mercado Común Latinoamericano a partir de 1970, y en funcionamiento para 1985. Se aprobó, además, un Programa de Acción para revitalizar la ALALC y el M.C.C., en los aspectos referentes a comercio exterior, modernización agraria, educación, salud, etc.; aspectos, por otra parte, también vinculados a la alicaída *Alianza*.

El resultado final, más allá de lo "novedoso" de una cumbre presidencial, no pasó de la reiteración de buenos propósitos.

3. La Tricontinental y la O.L.A.S.

Después de la expulsión de la OEA y el consiguiente bloqueo, Cuba intentó romper el aislamiento recurriendo a una estrategia que apuntaba a comprometer a los países socialistas en el apoyo al proceso de la revolución. Después de la "crisis de los misiles" en octubre de 1962, resuelto, en última instancia entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos y sin tener muy en cuenta a los cubanos, el bloqueo agudizó sus penurias económicas al par que acentuaba la dependencia de la isla con los rusos, tanto en lo económico como en lo político. Precisamente, ampliar y lograr acuerdos económicos y políticos fue el objetivo de las intensas giras por Asia y África, emprendidas por el "Che" entre 1963 y 1965. En abril de ese año, renunció a su cargo de ministro y comandante para retornar a la lucha guerrillera, primero en el Congo y luego en Bolivia.

De todos modos, el proyecto de consolidar un bloque revolucionario seguía avanzando. En efecto, entre los días 5 y 15 de enero de 1966, sesionó en La Habana la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos Afro-Asiáticos y americanos, también llamada "Conferencia Tricontinental". En la misma, hubo representaciones estatales de varios países del "Tercer Mundo" y también delegados de movimientos y frentes de liberación nacional. El proyecto apuntaba a unificar en un bloque, una política "revolucionaria" para los países subdesarrollados.

De las deliberaciones de la "Tricontinental" surgirá la Organización Latinoamericana de Solidaridad (O.L.A.S.) con oficinas en La Habana. El organismo se creaba con la evidente intención de coordinar y apoyar los movimientos guerrilleros actuantes en diversos países de América, los que en general seguían las teorías "foquistas" del francés Régis Debray.

En abril, el secretario ejecutivo de la Tricontinental, hacía público el mensaje del "Che", que instaba a los revolucionarios de América a provocar "...dos, tres, muchos Vietnam" en todo el continente.

La propuesta de Guevara será el lema de la Primera Conferencia de la O.L.A.S., que se reunirá en La Habana entre el 31 de julio y el 10 de agosto de 1967. El "Che", ausente en Bolivia, será designado presidente honorario.

4. La XII Reunión de Consulta de Cancilleres

Estos hechos, y la creciente escalada guerrillera, ponían nuevamente sobre el tapete el tema de la "agresión cubana". Venezuela volverá a tomar la iniciativa, solicitando la reunión del Órgano de Consulta de la O.E.A., lo que se verificó en junio de 1967, en la sede de la Unión Panamericana en Washington. Esta XII Reunión de consulta, a poco de iniciada, suspendió sus sesiones para dar tiempo a investigar la denuncia venezolana. La Conferencia volvió a reunirse sin mayor entusiasmo en setiembre. Pareció conmoverse cuando el canciller de Bolivia presentó pruebas fotográficas que evidenciaban la presencia de Guevara en la guerrilla boliviana.

A partir de allí, Venezuela propuso al cónclave que se considerara el "tema cubano" como un caso de agresión internacional, cuyo tratamiento, la O.E.A. debía impulsar colectivamente en el seno de la O.N.U. El proyecto significaba, en cierto modo, reconocer la ineficacia demostrada hasta el momento por la Organización regional en la materia. Suponía, además, renunciar a la fuerza como recurso (el que, por otra parte, estaba excluido por la O.N.U.) y por todo ello derivar el conflicto al posible entendimiento entre rusos y norteamericanos. Sobre este proyecto, sólo se concluyó en una "recomendación" a los estados miembros, en el sentido de hacer conocer a las Naciones Unidas todo acto cubano que hiciese presumir una intervención.

Los norteamericanos, por su parte, intentaron, sin éxito, acentuar la presión del bloqueo económico. Para ello, procuraron acordar "listas negras" en las que se incluyeran las empresas que comerciaban con Cuba. También pidieron a otros países no americanos, incluso los socialistas, "abstenerse de apoyar el intervencionismo cubano" y limitar sus operaciones en la isla.

La posición argentina fue inusualmente dura. El discurso de Costa Méndez, "efectista" y severo, abundó en referencias a una "...mayor operatividad" de la O.E.A.; a "acciones enérgicas"; a un "ir más allá en acciones efectivas y directas". La Argentina estaba dispuesta a apoyarlas "... cuando un número suficiente de estados consideren que ha llegado el momento de hacerlo..." en otras palabras, se proponía la intervención armada lisa y llana.

La propuesta de nuestra cancillería estuvo lejos de encender el entusiasmo bélico de los latinoamericanos, mucho más preocupados por los problemas económicos del hemisferio. Menos conmovió a los norteamericanos, que prefirieron evitar un conflicto regional, sobre todo frente al creciente empantanamiento de la guerra de Vietnam. "Una posición beligerante contra Cuba es hoy impensable sin la anuencia de los poderosos..." opinaba *Criterio* el 12 de octubre de 1967. Denunciar las vacilaciones y debilidades de la O.E.A. "... frente a temas como el de Cuba, puede calificarse como (postura) decidida, pero no precisamente valiente. Más bien se parece a la actitud de esos guapos de barrio que esbozan peleas retóricas con el "agárrenme que le pego", y que descuentan que la cosa no llegará a mayores..." (Botana, Braun, Floria, *op. cit.*).

"Representante *demodé* del anticomunismo", la cancillería no acertó en la lectura de la creciente complejidad internacional, lo que provocó su peligroso aislamiento con respecto a América latina.

En octubre se sabía de la captura y muerte de Guevara. Después, las "guerrillas" parecieron declinar.

5. La "escalada" nacionalista y el advenimiento de Nixon

El 8 de enero de 1970, en ocasión de inaugurarse el camino internacional de Valparaíso a Mendoza, el presidente chileno Eduardo Frei y el argentino Onganía emitían una "Declaración Conjunta" en la que, después de pasar revista a cuestiones bilaterales, se hacía referencia a la "proyección" de América latina en ese momento. Se recalca que el perfeccionamiento del sistema regional "... radica en el deseo de multiplicar los esfuerzos de cada estado latinoamericano para adquirir "plena independencia". En este quehacer se integran las aspiraciones colectivas de nuestros pueblos, de los trabajadores, los intelectuales y la juventud, para desarrollar nuestras sociedades con un espíritu de independencia y de plena participación en

las decisiones mundiales". Para ello "... América latina debe proteger en forma conjunta los intereses prioritarios del sistema productivo nacional de sus estados, especialmente cuando el capital extranjero, valiéndose del interés latinoamericano por obtener transferencias tecnológicas, desplaza o afecta expectativas del capital nacional público o privado..."

Este "gran proyecto histórico (...) deberá cumplirse en un sano nacionalismo continental, mediante la acción deliberada de toda una generación (...) La situación actual impone, una vez más, la necesidad de una acción conjunta que por la unión nos asegure la independencia".

El tono casi "justicialista" de esta Declaración podía parecer insólito cinco años antes, cuando el "imperialismo" temible parecía ser el soviético desde su cabecera de playa cubana. Pero en ese momento era una manifestación más de un proceso que había corporizado realizaciones significativas.

En efecto, en octubre de 1968 un golpe militar derrocaba al gobierno oligárquico de Belaúnde Terry en el Perú e iniciaba la experiencia "populista" y "nacionalista" de la Revolución Peruana. Su primera medida, el 9 de octubre, fue la expropiación del "complejo de Talara", campos petrolíferos, destilería e instalaciones de la *International Petroleum Co.*, subsidiaria canadiense en el Perú de la *Standard Oil* de New Jersey. La expropiación que ponía fin a una escandalosa gestión previa del gobierno constitucional desencadenó una tormenta en las relaciones con los Estados Unidos en las que estuvo en juego la amenaza de aplicar la *Enmienda Hickenlooper*. Los peruanos se consideraron "económicamente" agredidos.

Poco después, en junio de 1969, la administración demócrata-cristiana de Frei, en Chile, impulsaba la "nacionalización concertada" de la *Anaconda Mining Coper*, al par que iniciaba la reforma agraria.

Siguiendo la oleada, a fines de setiembre de 1969, otro golpe militar en Bolivia encumbraba al general Alfredo Ovando Candia, con actuación en la lucha contra la guerrilla del "Che". A poco de asumir, anunció un programa de profundas reformas sociales, al estilo de las peruanas. En octubre nacionalizó la *Bolivian Gulf Oil Co.* Poco después establecía relaciones diplomáticas con la U.R.S.S. La *Gulf* había sido garante de Bolivia ante el Banco Mundial para financiar la venta de su gas natural a la Argentina. Obviamente, se suspendió tal garantía, en un marco de represalias que apuntaban a bloquear comercialmente a Bolivia. La Argentina asumió la garantía y empresas europeas se encargaron de la comercialización del petróleo, rompiendo así tal pretensión.

A las nacionalizaciones y sus conflictos derivados, se sumó la decisión de varios países litorales, de extender hasta las doscientas millas náuticas desde la costa, su jurisdicción soberana. La medida estaba orientada fundamentalmente a preservar la exclusividad nacional en la explotación de los recursos pesqueros y minerales del subsuelo marítimo. Las grandes potencias marítimas, y especialmente los Estados Unidos, no reconocieron lo que significaba una sustancial modificación del Derecho del Mar, el que, por otra parte, se había configurado a partir de la expansión europea.

En este desafío se unieron Perú, Chile, Ecuador; posteriormente adhirió el Brasil. Nuestro país, como veremos más adelante, había declarado "aguas jurisdiccionales" hasta las doscientas millas por ley del 29 de diciembre de 1966. No está de más insistir en el tono nacionalista del Plan Europa y del Proyecto Nuclear Argentino, como así también en las propuestas autonomistas de Livingston y Lanusse, a partir de 1970, aún cuanto tal proyecto no profundizara el cambio de las estructuras de la dependencia, como las correspondiente transformación social. De ahí el escaso éxito alcanzado.

Otro fenómeno inquietante para los Estados Unidos lo constituyó el avance de la diplomacia soviética en América latina. En efecto, después de la visita de Kosiguin a La Habana, antes de la Conferencia de la O.L.A.S. y de las discusiones producidas en su seno entre el P.C. cubano y

otros partidos latinoamericanos, los rusos tomaron distancia respecto del proyecto de impulsar "revoluciones guerrilleras", optando por una "ofensiva de Paz".

Bolivia, Brasil, Colombia y Venezuela iniciaron para esta época tratativas comerciales con la U.R.S.S. En igual sentido se pronunciaban Ecuador y Uruguay. El volumen del intercambio, si bien pequeño (U\$S 170.000.000 en 1965) acusó un marcado incremento al finalizar la década. A ello, debe agregarse la oferta de créditos soviéticos para financiar grandes emprendimientos (por ejemplo, el "Plan de Riego de Olmos" en Perú).

Esta "ofensiva pacífica" de los rusos provocó la ira de Castro, quien condenó severamente la ayuda "socialista" a los gobiernos enemigos de la Revolución Cubana. (Discursos del 13 de mayo y 10 de agosto de 1967).

En esta compleja situación, el 20 de enero de 1969, Richard Nixon asumía la presidencia de los Estados Unidos, abriendo un nuevo período republicano. Respecto de América latina, eran conocidas sus antipatías por la Alianza para el Progreso, pero eran totalmente ignotas sus propuestas alternativas. No era aventurado suponer que no las tuviera. En marzo designó como secretario adjunto de Estado para los Asuntos Interamericanos, a Charles Appleton Meyer, quien, para poder hacerse cargo, debió renunciar al directorio de la *United Fruit Co.* y a los de cinco compañías más, con fuertes inversiones en América del Sur (*Dow Jones, Gillete, Sears* y el *Philadelphia National Bank*).

El secretario de Estado, Williams Rogers, afirmó que con tal designación y la anunciada "Misión Rockefeller" "... creemos poder demostrar 'nuestro gran interés' en los problemas de América Latina".

(La Prensa, 11 de marzo de 1969). Pocos días después, el secretario adjunto declaraba que para Nixon eran prioritarios los asuntos de Vietnam, Cercano Oriente y Europa, "... de mayor importancia inmediata que los de América Latina". De todos modos, el problema había que afrontarlo. La manera que se creyó más conveniente fue la de procurar entendimientos bilaterales con cada país del hemisferio. Para tal propósito, servía el envío de una *misión especial* que, como veremos, Nixon encargó a Nelson Rockefeller. Los latinos pensaron también en un acuerdo bilateral, pero entre un bloque del sur y los Estados Unidos. Para ello era necesario recurrir al organismo específico, la C.E.C.L.A., y tal será el "Consenso de Viña del Mar". Dos caminos para un encuentro que no llegaría a nada.

6. El "Consenso de Viña del Mar"

El 17 de febrero de 1969, el Consejo de la O.E.A. aprobaba la convocatoria a una reunión latinoamericana de alto nivel, cuya preparación y trámite correría a cargo de la C.E.C.L.A. Como hemos visto, este organismo se había creado para coordinar políticas comunes frente a los países industrializados.

La inquietud, motivada en lo inmediato por el cambio en la administración norteamericana, había partido del Brasil, cuyo representante aclaraba que su iniciativa no "pretendía un enfrentamiento con los Estados Unidos, sino establecer condiciones ideales para un diálogo constructivo".

El 21 de marzo se acordó no invitar a la delegación norteamericana, con alivio para los yanquis, que presumían fundadamente el ambiente reivindicativo de la reunión y que, además, no querían enfrentarse con la delegación peruana.

El 1° de abril, el canciller chileno inauguró las sesiones preparatorias en las que se consideró una propuesta peruana, que luego sería conocida como "Declaración de Santiago". En diez puntos se enunciaban los principios que debían regir la cooperación económica y tecnológica que

promoviera el desarrollo y seguridad de la región "como base indispensable de la independencia política". Por lo tanto, era esencial el "respeto del principio de igualdad de los Estados y de la no intervención en los asuntos internos o externos de los otros (pues) todo país tiene el derecho soberano de disponer libremente de sus recursos naturales y de la asistencia que obtenga en función de su propio desarrollo...". Por ello, los sudamericanos requerían que "ningún Estado podrá aplicar o estimular medidas coercitivas de carácter económico para forzar la voluntad soberana de otro Estado, con el fin de obtener de éste ventajas de cualquier género. Una acción de esta naturaleza constituye una agresión económica".

Es indudable la directa correspondencia de este principio con lo que supone la aplicación de "enmiendas", "créditos atados" y otros condicionamientos de la ayuda exterior norteamericana.

Simultáneamente, con la reunión de Santiago de Chile, la C.E.P.A.L. inauguró el 14 de abril su XIII Período de Sesiones en Lima. En medio de ásperos debates entre la delegación cubana (Cuba asistía como miembro de la O.N.U.), y la norteamericana, la comisión atacó duramente las políticas de los países industrializados en materia de cooperación económica y tecnológica, como así también las prácticas discriminatorias y extorsivas del comercio internacional.

El 23 de abril se aprobaron las conclusiones, en las que después de un extenso análisis que demostraba que los países del hemisferio empleaban el 35% del valor de sus exportaciones anuales para pagar utilidades e intereses de las inversiones extranjeras, como también los intereses por la "ayuda" recibida, se concluía afirmando que "América Latina está financiando a los países más desarrollados del mundo." (*La Prensa*, 25 de abril de 1969).

El 7 de mayo, en Viña del Mar, el canciller chileno Gabriel Valdez inauguró la conferencia de expertos, previa a la reunión ministerial de la C.E.C.L.A., con un discurso en el que instaba a los participantes a "...no ser pacatos, comprometidos, pequeños, timoratos o entreguistas..." en los planteos y reclamos a los Estados Unidos. Después de las deliberaciones de los expertos, se pasó a la reunión ministerial, el 15 de mayo. El documento final, conocido como "Consenso de Viña del Mar", reiteraba la necesidad de sustituir la "ayuda" por mejores términos en el comercio internacional. Partiendo de la afirmación de la "personalidad distintiva de América Latina" reivindicaba la condición de "bloque hemisférico" de sus países.

Con pocas variantes, reproducía los principios de la Declaración de Santiago e instaba a los Estados Unidos a "remover" los obstáculos externos al desarrollo.

El documento —de diecinueve páginas— fue presentado a Nixon el 11 de junio, en una ceremonia a la que asistieron todos los embajadores sudamericanos acreditados en Washington. En su discurso, Valdez expresó: "... tenemos conciencia que es más lo que Latinoamérica da que lo que Latinoamérica recibe...". Concluía sintetizando los "principios" del Consenso:

"1. Debe aceptarse como irreversible y legítimo el creciente nacionalismo continental;

2. debe respetarse la igualdad jurídica de los Estados, que debe reflejarse en la no intervención de cualquier forma, incluso en la no supeditación de la cooperación económica a condiciones políticas o militares, lo que

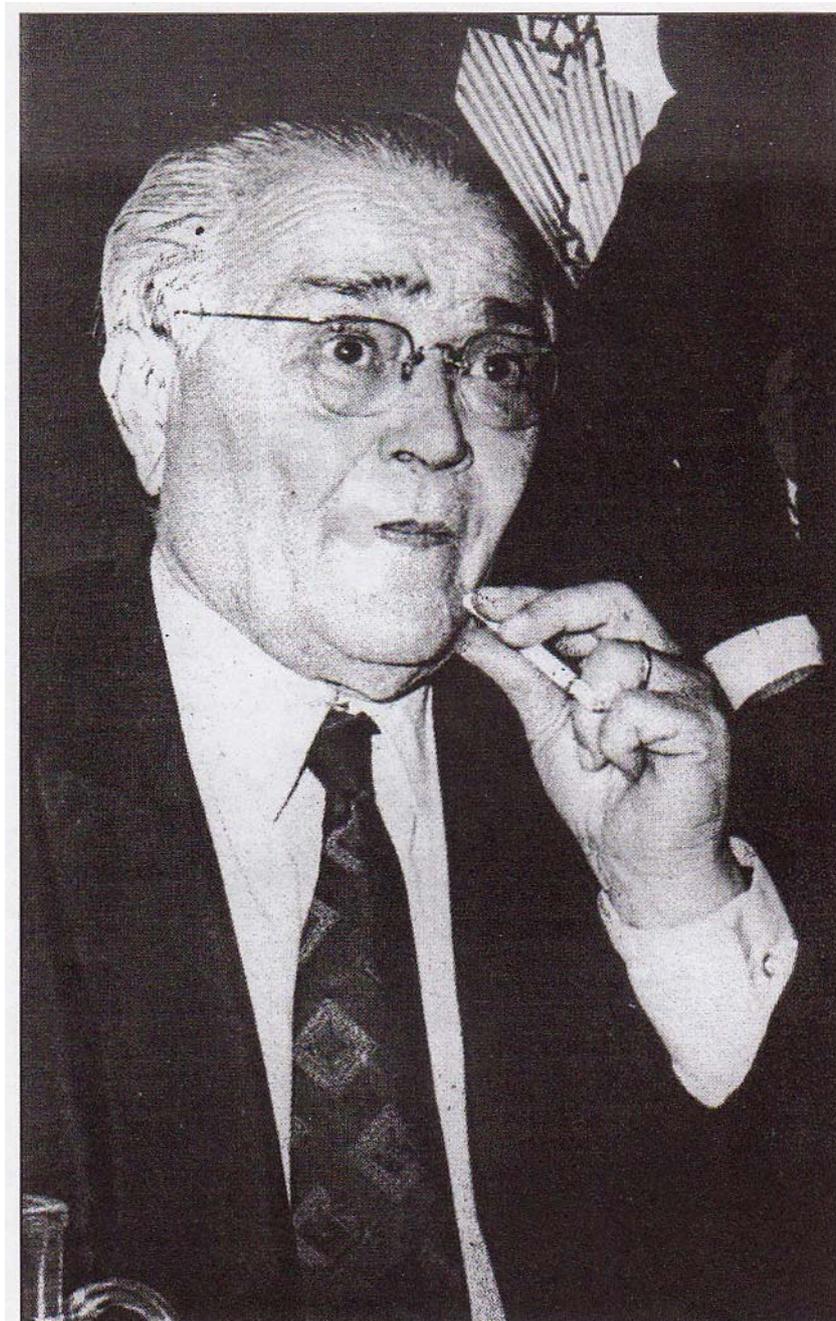
3. por parte de América latina significa independencia política-socio-económica respecto de la cooperación extranjera al desarrollo; y

4. la inversión privada extranjera no debe considerarse como asistencia, mientras que la cooperación debe responder a las necesidades señaladas por los países receptores de esa cooperación o ayuda." (Cable de "Inter Press Service", 11 de junio de 1969, en Selser, *op. cit.*)

El "Consenso" fue impuesto como base de las discusiones desarrolladas en la 6ª Reunión del C.I.E.S. (Consejo Interamericano Económico y Social, de la O.E.A.) que sesionó en Puerto

España, Trinidad y Tobago, entre el 14 y el 23 de junio. La imposición fue promovida por la delegación argentina, en rechazo del orden del día elaborado por la secretaría de la O.E.A.

Según Roberto Roth (*op. cit.*), Onganía se mostró "interesado" por los términos del "Consenso". Sin embargo, esa "curiosidad no pudo ser satisfecha", dice Roth, con referencia al poco eficiente funcionamiento de la cancillería. De todos modos, la "inquietud" del presidente "...no pasaba de ser curiosidad (pues Onganía) acordaba escaso o ningún valor a estas expresiones de verborragia colectiva y no aspiraba a integrar más organismos internacionales."



El líder radical doctor Ricardo Balbín.

EL BIBLIOTECOM



El 30 de junio de 1966, Onganía asume el gobierno.



Vandor, Izzeta y otros dirigentes sindicales en la asunción de Onganía.



El empresario Jorge N. Salimei, ministro de Economía, 1966.

El "Consenso", si bien constituyó una vigorosa requisitoria a la política norteamericana, no se tradujo en resultados concretos. Nixon se comprometió a eliminar las "cláusulas de adicionalidad" en los créditos oficiales, pero no se adoptaron medidas concretas que revirtieran lo denunciado, ni cambiaran las relaciones comerciales. Quizá esperase, para obrar, los resultados de su enviado especial.

7. Las "visitas" de Rockefeller

El 20 de febrero de 1969, Nixon anunció formalmente el envío del gobernador del Estado de Nueva York en misión especial a América latina, con el propósito de "...escuchar a los dirigentes y consultar con ellos sobre la colaboración en objetivos comunes y programas de acción conjunta que robustezcan la unión del hemisferio occidental y aceleren el desarrollo económico y social". El 22, *The Washington Post* cuestionaba al personaje elegido y ponía en duda la efectividad de estas "misiones" que "regresan transidas de pesimismo, horrorizadas por la pobreza, abatidas por las circunstancias políticas, llenas de ansiedad por el surgimiento del nacionalismo izquierdista, advertidas del peligro de Castro. Se escriben informes, y el presidente formula una declaración. Pero no se hace nada porque nadie sabe exactamente qué hacer." (Selser, *op. cit.*).

La designación de Rockefeller, viejo adversario político de Nixon, le fue sugerida por Galo Plaza, secretario general de la O.E.A., quien consideró que el gobernador neoyorquino reunía condiciones especiales para una misión tan particular, quizá por sus experiencias interamericanas desde los tiempos de Roosevelt, su gestión en la administración de la Alianza para el Progreso; tal vez, por su condición de terrateniente venezolano o por sus intereses comerciales repartidos en todo el continente.

Lo que ni Galo Plaza ni el presidente Nixon tuvieron en cuenta, fueron las vinculaciones petroleras del enviado, precisamente con empresas en litigio por el "nacionalismo" del sur. Además, el apellido Rockefeller aparecía para muchos sudamericanos como la expresión viva del imperialismo al margen de una postura ideológica de izquierda.

Rockefeller visitó diecinueve países —mejor dicho, sus respectivas capitales— en algo más de un mes. Descontando el tiempo insumido en los traslados y en los sueños, las visitas del enviado fueron meteóricas. El *Buenos Aires Herald*, en su editorial del 15 de mayo, se refería a "Speedy Rockefeller", sospechando que el verdadero objeto de la gira era "...demorar, sino impedir la confrontación con los problemas comerciales entre América latina y Estados Unidos. ...De continuar así, seguro que el gobernador habrá de establecer un récord mundial de velocidad por vía aérea en América latina (...) el señor Rockefeller puede cubrir un país en un lapso equivalente al de espera por la mayoría de los viajeros en los aeropuertos latinoamericanos...".

Tres países solicitaron cortésmente la cancelación de la visita. Obviamente Perú, en estado de conflicto con los Estados Unidos, o más bien con la *Standard Oil* de New Jersey; Venezuela, que estimó que "no existen circunstancias propicias" y Chile, por "la oposición" manifestada frente a la visita, "inclusive la de la prensa moderada y derechista".

Fue un derroche de relaciones públicas, con la pretensión de "conocer lo ya conocido", (Galo Plaza había dicho a Nixon que América latina ya "había sido estudiada hasta la saturación") y habría pasado sin pena ni gloria si no hubiera dejado tras de sí un reguero de violencia con muchos muertos, centenares de heridos y miles de detenidos; destrucción de edificios; ataques a dependencias diplomáticas norteamericanas; atentados contra supermercados e industrias de propiedad del visitante; incendios de vehículos; apedreamientos; etc. Demás está decir que los gobiernos que no querían quedar mal con la visita, ordenaron la represión (por ejemplo, en Colombia fueron movilizados diez mil policías y alistados "por cualquier cosa" otros diez mil soldados), bastonazos, gases lacrimógenos, ocupación policial de universidades, detenciones masivas e indiscriminadas y amordazamiento de la prensa, como en el caso brasileño, que en un

intento de "silenciar el repudio" se prohibió a los periodistas dar información de las manifestaciones, etc.

Hubo países "ordenados", como el Paraguay de Stroessner, en el que se le permitió a los estudiantes protestar contra Rockefeller por quince minutos y en el "campus" de la universidad, lo que se cumplió prolijamente. Otro caso fue el del Uruguay, donde para evitar manifestaciones estudiantiles se cerraron las universidades y los colegios secundarios —en prevención— por una oportuna epidemia de gripe asiática. Los estudiantes "volantearon" el centro de Montevideo, afirmando ser portadores del virus del antiimperialismo.

Los senadores norteamericanos criticaron, con vergüenza, los resultados de las giras. Frank Church, senador por Idaho, dijo: "...El viaje no ha servido más que para una invitación al repudio que le han dado los resentidos gobiernos latinoamericanos. Debe demostrar de una vez por todas la estupidez de realizar la política exterior por medio de trucos." (*La Nación*, 13 de junio de 1969).

Rockefeller defendió su "misión", la que calificó como un "tremendo éxito", y responsabilizó a elementos "comunistas venidos de afuera" por la violencia producida.

Pero no fue sólo el repudio a la política norteamericana el motivo de las movilizaciones; en muchos casos la presencia de Rockefeller actuó como un disparador de tensiones internas, generadas por conflictos socio-económicos y gobiernos dictatoriales, sospechosamente identificados con la política del norte.

El 5 de junio, cuando todavía repercutían las convulsiones del "cordobazo", el subsecretario de Relaciones Exteriores de la Argentina, Jorge Mazzinghi, dijo en La Paz, Bolivia, que los recientes desórdenes antigubernamentales de Córdoba no reflejaban una situación difícil, y que se trataba de "movimientos llamativos a que los argentinos no estamos acostumbrados". No había motivos de preocupación, pues "...Onganía cuenta con respaldo popular y ni su gobierno ni la revolución militar que le dio origen están en peligro. La visita de Rockefeller no tendrá problemas..." (*La Prensa*, 6 de junio).

El 15, el embajador argentino en Washington declaró que si "...Buenos Aires no lo recibe cordialmente es que un cambio grave ha ocurrido entre nosotros. El argentino ha sido tradicionalmente educado e interesado en los personajes de prestigio internacional. No creo que el gobernador de Nueva York represente los llamados intereses monopolistas, cualquiera que sea lo que con ello se haya querido significar. Eso sería manejarse con simplezas interesadas. En la realidad, Rockefeller representa un grupo de hombres progresistas, creadores de instituciones..." (*La Prensa*, 16 de junio).

Sin embargo, las cosas no se presentaban tan calmas en la Argentina. Dos días después de estas declaraciones del embajador Eduardo Roca, la explosiva situación social se agravaba, con un nuevo paro en Córdoba. Como hemos visto, el ministro Imaz designaba al general Carcagno para enfrentar la situación.

El 26 de junio estallaron bombas e incendios en quince supermercados *Minimax*, cadena de comercialización local de la I.B.E.Co. (International Basic Economy Corporation) perteneciente a la familia Rockefeller. Los atentados fueron calificados como "una gran lástima" y "una gran vergüenza" por el embajador estadounidense en Buenos Aires, John Davis Lodge, recientemente designado. Lodge, que en las audiencias previas a su designación había afirmado que Onganía era "presidente electo", sostuvo que "no debemos dejarnos intimidar" porque la "mayoría de los argentinos son amigos de los Estados Unidos".

Rockefeller llegó a Buenos Aires el 29 de junio y encontró a la ciudad prácticamente ocupada por las fuerzas de seguridad. Las medidas adoptadas llegaron incluso a prohibir a los vecinos asomarse a las ventanas en los edificios próximos al alojamiento del ilustre visitante. Además está decir que algunos argentinos irrespetuosos fueron detenidos por exceso de curiosidad.

Durante su estadía volvió a repetirse el ritual desarrollado en todas las capitales visitadas: entrevistas con el canciller, el presidente, empresarios, dirigentes gremiales de la C.G.T. "legal", estudiantes de la Universidad de Belgrano, conferencias de prensa, etc.

En la calle, manifestaciones hostiles, represión policial, miles de detenidos, heridos y un muerto. Hubo atentados con bombas a instalaciones de *Coca Cola* y *Pepsi* en Rosario y hasta una solicitada de la Federación de Empleados de Comercio en la que, en términos severos, le reprochaban "...la explotación, la humillación y el hambre" con que los Rockefeller sometían a los empleados de sus negocios.

Por último, el visitante partió el 1° de julio, horas después de que el gobierno decretara el estado de sitio. En el Aeroparque, Rockefeller se declaró optimista acerca de una "solución feliz, de los problemas que agobian al país visitado". Un impresionante dispositivo de seguridad rodeó la partida. Según el corresponsal del *Excelsior* de México, fue "el más grande que gobierno alguno de los países visitados (...) haya realizado. La vigilancia estaba reforzada con ametralladoras antiaéreas, cuatro tanques del ejército, seis cañones ligeros, vehículos militares, todo dispuesto alrededor de los aviones que debía abordar".

¿Qué quedó de la visita de "buena voluntad" para la Argentina? Nada, ni siquiera algo que pudiera detener la rápida declinación de Onganía.

El 6 de julio, Rockefeller concluía en Nueva York su cuarto y último viaje. En el Aeropuerto Kennedy lo recibió un grupo de manifestantes portando un cartelón que decía: "¡Rocky, aquí tampoco te queremos!".

En agosto, presentó a Nixon los resultados de su misión en un extenso informe titulado: "*Quality of life in the Americas*".

El informe, en general retórico y reiterativo, fue bastante pesimista. Sin embargo, sostuvo la necesidad de vigorizar la "relación especial" frente al deterioro de las existentes en el hemisferio.

Desde el punto de vista económico, propuso reducir barreras arancelarias, "desatar" la ayuda, suprimir las enmiendas punitivas como garantía de las inversiones; promover las inversiones privadas y, como respuesta —original por su franqueza— fomentar la "división internacional del trabajo, que beneficiaría a todos". Para esto, propuso una Conferencia de la O.E.A., donde se estableciera razonablemente el "trabajo" que cada país debía desarrollar.

Respecto a la "subversión comunista", el Informe insistía en crear un Consejo de Seguridad "dirigido por civiles y encargado de luchar contra las fuerzas que avanzan en el hemisferio occidental". Además, era necesario apoyar a los "líderes" militares de América latina, porque a ellos "... los mueve un profundo sentido de la necesidad de lograr el progreso social y económico". Para obtener este "apoyo" había que eliminar las trabas "a fin de que los Estados Unidos puedan vender aviones, buques y otros equipos militares a las naciones más desarrolladas del hemisferio (...) La realidad es que si los Estados Unidos no venden estos equipos se los adquirirían de otras fuentes (lo que sería incompatible) con los mejores intereses de los Estados Unidos".

Para tales políticas, en pro de la "calidad de vida en las Américas", no había apoyo en el Congreso ni tampoco interesada disposición en los países del hemisferio. Nixon archivó el Informe.